

ANGEL GUERRA

Ascenso de Galdós a la vida espiritual

... Galdós ha padecido el contagio de los tiempos; pero no ha sido nunca un espíritu escéptico ni un espíritu frívolo. No intervendría tanto la religión en su novelas si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable.

(M. Menéndez y Pelayo "Crítica Literaria" 1897).

CRITICA GALDOSIANA.

MUCHO se ha escrito sobre Galdós en los últimos tiempos. No obstante, se ha dicho poco acerca de él. No es tarea tan fácil esudriñar los recovecos de un espíritu y cuando lo que se busca es valor y esencia, hondo sentido y trascendente significado, el trabajo exige un noble y desinteresado afán por la verdad.

Cuando el centenario del ilustre novelista relampaguearon sesudos artículos en diarios y revistas; fué un certamen de opiniones en el que no faltaron las emitidas por autorizados conferencistas, pero queda una impresión de mariposeo de todo ello.

En contadas excepciones la crítica ha sido feliz con Galdós. Pareciera como si la obra copiosa del novelista de España abrumara a los que emprenden su recorrido. Cierto es que nunca la crítica le preocupó a D. Benito, que en vísperas de publicar su "Fortunata y Jacinta", partía de viaje.

Pero ha pasado ya el maremagnum de ideas y pasiones que separaban a los hombres de fines del siglo XIX y tenemos derecho a exigir trazos firmes, inamovibles y seguros.

Galdós fué sobre todo el contemplativo de la vida. Y penetró tan

profundamente en ella que de su barro primordial fué ascendiendo hasta las altas regiones del espíritu. Con él comienza en 1871 la novela realista y con él va a culminar en la cristalización de sus obras cumbres que aparecerán próximo ya el siglo XX.

La historia literaria ha ubicado ya al novelista como la más alta expresión del género en el siglo XIX. Lo merecía el viejo observador de la patria, ciego en sus últimos días como si los ojos se le hubiesen cansado de tanto mirar.

EL CONTAGIO DEL TIEMPO.

No se puede juzgar nunca con acierto y sincero afán de justicia a un escritor colgado de sus libros. El medio y la época en que le tocó actuar, explican y basamentan su persona y su obra. No se entienda esto como aplicación absoluta de la teoría de Taine. No el medio físico sino el medio espiritual ha de tenerse como importante elemento de juicio e interesa no cercenarlo.

En esta época de críticos que no leen y critican, ¿cómo se ha de juzgar con criterio a Galdós, el hombre de fecundidad extraordinaria y de novelas de cuatro tomos? Preciso es conocer los principios en boga, la revolución de ideas, la situación política española, para comprender a *Gloria*, a *Doña Perfecta*, a *La familia de León Roch*, obras todas escritas, desgraciadamente, bajo la influencia francesa del naturalismo, que nunca — es verdad —, prendió fuerte en España.

Hay un problema en la alta novelística galdosiana. Sus biógrafos y comentadores no lo saltan, puesto que hacerlo sería ignorar la entraña oculta de esa novelística, que es una inquietud religiosa, ancha e inmensa. No lo saltan, pero aplauden entusiastas su celo anticlerical en las novelas fichadas como de tesis y que en rigor no deben de sumar más de cinco en el riquísimo bosque galdosiano.

No obstante, si se ha dicho mucho de su tendencia liberal y anticatólica, poco ciertamente se ha señalado con respecto al problema religioso que el autor de los *Episodios Nacionales* aborda, busca y encuentra en la casi totalidad de sus obras contemporáneas, clasificadas dentro de lo mejor de su producción.

En Literatura como en Arte, no nos está permitido ser miopes. Tener los ojos avezados a mirar, eso es lo que importa. De otro modo la crítica resulta palabra hueca. Desde 1860 a 1880 nadie que conozca la historia de España ignora cómo fué esa tierra escenario de una verdadera corriente paganizante y anticatólica que amenazó destruir los cimientos, fuentes de su fe y de su tradición. Epoca de moral re-

lajada, de valores tergiversados, de conmociones, de interpretaciones erradas y de vientos traspirenaicos con influencias maléficas (recuérdese la boga del naturalismo), de antes de la revolución en el campo de las ideas.

Galdós militaba en las filas del partido liberal. Guerra a la religión en la que se veía un obstáculo a la libertad, a la vida, a la felicidad, traba para la ciencia, valla para el arte. Esto en todos los campos: social, político, artístico, económico. En la otra tendencia, la tradicional católica actuaban hombres de la talla de Menéndez y Pelayo y Pereda.

D. Marcelino fué amigo entrañable de D. Benito. En sus mocedades tuvo críticas muy austeras para cierta novela de Galdós, pero él mismo puntualizó más tarde, que no atacaba al amigo sino que reprochaba su tendencia de anticlericalista marcado.

Novelas en serie: ANGEL GUERRA

Los episodios nacionales *constituyen una serie de novelas históricas en número de cuarenta y seis*. Siguen a éstos, las novelas llamadas de tesis, *Da. Perfecta, Gloria, La Familia de León Roch*, en cuya apreciación resbalaron los críticos de entonces. En tercer término la serie de las grandes novelas: *Fortunata y Jacinta, Angel Guerra, Nazarín, Halma, Misericordia*.

Pero vayamos a nuestro asunto, que no es otro, que buscar en los tres tomos de *ANGEL GUERRA* su contenido espiritual. Sucede algo singular en las novelas de Galdós. Aquellas, señaladas como las mejores, suman más de un tomo.

Cada vez que hablamos de tomos se nos viene a la memoria el sol ardiente de España y esta vida americana tan dinámica e inquieta. Razón tenía don Leopoldo Alas (Clarín), aquel jugoso crítico que al hablar de *Fortunata y Jacinta*, le decía en una carta a don Benito: *O quita Ud. sol, o quita tomos*.

Las tierras del sol no permiten lectura abundante. Los ingleses, los nórdicos en general leen más. Son países de frío y una chimenea siempre trae fuego y libros.

En *ANGEL GUERRA* el inconveniente es su largura. Una largura aplastante, implacable y nada placentera. *Fortunata y Jacinta* con tener cuatro tomos no cansa. Pero Angel Guerra bien valía para uno. El desfile de personajes, el desplazamiento de la acción hacia otros ámbitos secundarios, los delirios dinásticos de doña Catalina Alencastre de Babel, *descendiente en línea recta de un hermano de la reina, mujer de Enrique III de Castilla, de dulce memoria*, la des-

cripeión de detalles que luego no tienen conexión alguna con la historia, le restan solidez y se la restan porque además de agregarle páginas, Galdós no pone en todos esos pasajes su genio artístico. Y el lector no perdona.

Angel Guerra es en el fondo la historia de una conversión. Debió de interesarle el tema a don Benito, después de las polémicas religiosas, del plantamiento de ellas en sus novelas *fanáticas* y de la floración de una serie de historias como las de Pereda y Alarcón, tendientes a defender a macha martillo, la cuestión por el lado católico. Por otra parte esa posición de anticlericalista rabioso, no pudo ser en Galdós más que un momento que se dió en su espíritu, como en su modalidad literaria dióse el naturalismo.

A pesar de ser Angel Guerra como decimos, la historia de una conversión, es curioso cómo los pocos autores que han tratado esta novela soslayan su tema o dan opiniones volantes acerca del misticismo y de la especulación de Galdós.

Con todo, pese a la inseguridad de ciertos aspectos religiosos, hay en Angel Guerra dos caracteres admirablemente trazados: Leré y el protagonista.

E L

Angel Guerra es un anarquista, vive al margen de todo principio religioso, odia los consejos morales de su hogar, lucha por imponer sus ideas, sueña con una libertad casi malsana, vive unido ilegítimamente a Dulcenombre, muchacha pobre, buena en el fondo. La muerte de la madre da vuelta su vida. Vivía alejado de su casa, debe tornar y quedarse allí para cuidar a Ción, única hija de su fallecida esposa. Entonces la figura de Lorenza, institutriz de Ción, ejerce en él influencia bienhechora. Lo que más le asombra es la fuerza de su fe. Poco a poco se va operando en él un cambio notable, ya no le parece ridícula la religión, y cuando Lorenza, después de la inesperada muerte de la pequeña Ción le pide permiso para marcharse manifestándole su vocación religiosa, Guerra le propone que se case con él, proposición que Leré le rechaza por supuesto, partiendo al día siguiente para Toledo. Guerra olvidado por completo de Dulcenombre, su amante, marcha también a Toledo y se hospeda en la casa de una pariente pobre. Allí el anarquista siente la frescura matinal, el gozo de madrugar al son de campanas. Asiste a misa llevado por un gusto artístico. *Y de tal modo le iban gustando las iglesias de monjas, que vista una, quiso verlas todas, y poco a poco, ésta quiero, ésta no quiero,*

visitó Santo Domingo, el Antiguo, las Capuchinas, el Real, las Claras, San Pablo, y allí permanecía hasta que le echaba el sacristán. Si el cura no estaba en el altar, recorría la iglesia con estudiada compostura buscando Grecos, investigando siempre lo raro, lo artístico, lo sentido.

Son los primeros pasos de su conversión. Pasos inseguros, sensibilidad, sentimentalismo, curiosidad. Pero día tras día va avanzando su cultura religiosa y así una mañana:

Salió al fin el capellán al altar. La misa era cantada de un solo cura y a la voz virginal y opaca del Padre Tomé, en quien Dios moraba, respondían las monjitas desde el coro con su salmodia compungida y catarrosa. ¡Qué diferencia entre la pobreza del culto en las olvidadas Franciscas y el esplendor aristocrático de las Bernardas de San Clemente! Pero aquel convento de San Juan, había llegado a ser interesantísimo para Guerra y más simpático y consolador que ninguno, porque el peregrino maridaje que ofrece de lo mudéjar y lo gótico, parecíale fiel espejo de la transición que en tales momentos era un hecho en su alma. En ésta, la severidad y unción religiosas se combinaban también con las alharacas del mundano estilo. Durante la misa a la que sólo asistían tres o cuatro personas, meditó muchísimo en su evolución o metamorfosis, la cual después de iniciada le resultaba menos difícil. Los primeros pasos le habían producido bienestar, cierta alegría pueril y novelera, de esa que el mundo compara a la del chiquillo con zapatos nuevos. Reconoció que en los comienzos, el culto sólo hablaba a sus ojos y oídos; pero también hubo de notar que no tardaba en herir las fibras del sentimiento, tendiendo a invadir poco a poco los espacios de la razón.

No podía Galdós haber pintado más hermosamente ese panorama interior, mezclándolo a los matices del arte religioso. Su protagonista hace examen de sí propio, comprende que no puede rezar con fervor, sino sujeta el pensamiento por medio de la contemplación sensorial de la imagen, por lo que descubre la importancia del arte en la vida religiosa. Pero a su vez desea y aspira a educarse en *el rezo metafísico y en las meditaciones abstractas y puras.*

Cuando la conversión de Guerra es un hecho, éste que vive con el alma de Galdós, anhela prodigarse en obras. Piensa, entonces, en la fundación de una Orden a cuyo frente pondrá a Leré, que a todo esto ya es monja profesa en las Hermanitas del Socorro. Aquí ha corrido a rienda suelta la imaginación de Galdós, si bien no hay ningún absurdo. Lo malo es que se rompe un poco la armonía de la novela

con la pretensión de Leré, que acepta la fundación, si Guerra se hace sacerdote. Guerra consiente, pero diversas circunstancias se oponen a la realización de este deseo, y es víctima de un atentado que lo lleva a la muerte. La escena final es todo un cuadro. Lo acompañan los menesterosos, los pobres que ya formaban el plantel de su asilo.

E L L A

Leré es una de las pinturas más exactas que puedan haber salido de pluma novelística. El tipo de la mujer fuerte, pura y virginal, capaz de sobrellevarlo todo por amor a Dios. Es un ejemplo magnífico de sumisión a la voluntad divina.

La vida de Leré no es cosa que quepa en cuatro palabras; pero no disponemos de las pampas literarias de Galdós; por lo tanto, bástenos esto: Lorenza, la joven de los ojos verdes que parecen danzar por un tic nervioso, pertenece a una familia de humilde condición. Desde pequeña conoció el sufrimiento, la miseria; un hermano monstruo metido todo el día en un cajón, el otro músico precoz; la muerte del padre, la sustitución por un padrastro que la malquiere y al fin de tantos altibajos, su pupilaje, gracias a las buenas señoras de Rojas, en el Colegio de las Hermanas de San Clemente donde, se plasma su corazón desprendido y noble. Queda huérfana de madre, y las señoras que la habían llevado al convento, la recomiendan ahora a doña Sales como institutriz de Ción, hija de Angel Guerra. Con ese trabajo ella debe sostener su hogar y ayudar al hermanito genio, y al pequeño monstruo. Lorenza acepta, no sin pensar en la aparición de la Virgen, acontecimiento que ella no deja de detallar a Angel Guerra cuando narra su historia. (Caso interesante es éste, de intervención de lo sobrenatural, poco común en las novelas realistas).

Tiene una convicción profunda: ella ha nacido para el sufrimiento y ha de cumplir la voluntad de Dios adonde Este la lleve. Así permanece en la residencia de doña Sales, educa a Ción, arregla, dispone, aconseja, sonríe. Es el ángel de ese hogar, cuando su dueña parte para siempre. Pero un día Dios se lleva también a Ción y Leré entonces, ya no ve trabas para su vocación religiosa que ella había presentado desde los años del colegio. Antes estaba el sostén de los hermanos, el compromiso moral con doña Sales, con Ción; ahora todo eso se desvanecía.

Leré marcha segura y confiada. Es un tipo. Nos parece verla. Y no estamos de acuerdo con Leopoldo Alas, que en artículo dedicado a esta novela (Galdós - Madrid 1912 - Ed. Renacimiento) habla de

Leré como de una santa de acción casi mecánica... *sí, mecánica en cuanto lo más de su virtud y acaso toda su fe, son obra de la herencia; la santidad de Leré que es oro de ley, tiene esa prosa, esa frialdad, esa falta de sentimentalismo que un pedagogo italiano advierte en los catecismos de las escuelas.*

Prosa, frialdad y falta de sentimentalismo: de allí deduce Clarín que la santidad de Leré es mecánica. Pero Leopoldo Alas no puede negar la paternidad de su novela *La Regenta*, pintura antirreligiosa y antiestética, naturalismo ramplón, donde los sacerdotes son entes inventados por su fantasía. ¿Por qué Clarín juzga que la santidad de Leré es prosa?

Su vida es una gran vocación al sacrificio, es el deber cumplido por amor a Dios y en ese deber reside su gran prosa. *Frialdad*, es probable que el crítico juzgue de frialdad al renunciamiento y la fuerza que los acompaña. En cuanto a la falta de sentimentalismo, hoy causa risa oír hablar de esto en materia de religión. Ha progresado la cultura religiosa, lo bastante como para comprender, que la fe no es obra del sentimiento como creen muchos.

En suma, Angel Guerra es una ascensión a la vida espiritual. Galdós el contemplativo, el gris, sin relieve que husmeaba los rincones pobres, y atisbaba las alma del pueblo madrileño, debió de enfrentarse con el espíritu del mismo. No en vano era España la que afloraba al complicado mundo de sus novelas, no en vano sabía el novelista descubrir problemas, atarlos y desatarlos luego con ese don del caballero y del pícaro en quijotescas lides.

A Galdós no se lo podrá separar nunca de su época. Es necesario conocerla, antes de leer su obra. De ese modo no se colará el polvillo de descreimiento y de anticlericalismo que flota en ella.

No conoce a Galdós el que leyó a *Da Perfecta*, a *Gloria*, a *La familia de León Roch*, novelas de tesis. Tampoco lo conoce quien lloró con su *Marianela*, aquella historia tan delicada de la niña fea y del ciego que la creía hermosa, y lo conoce sólo parcialmente el que vivió la historia de España del siglo XIX con sus *Episodios Nacionales*.

Para conocer a Galdós preciso es leer *Fortunata y Jacinta*, *Nazarín*, *Misericordia*, *Halma*, *Angel Guerra*. La mujer, criatura del dar, la madre y el ansia de maternidad se hallan en *Fortunata y Jacinta*. En *Angel Guerra*, el hombre con toda su miseria, su rebeldía, su barro y a la vez con toda su capacidad de perfección, de lucha, de renunciamiento por un ideal. El ideal de Guerra está en Leré pero trasciende de ella: es su virtud, es su rayo divino.

Pero *Angel Guerra* no es una novela católica y si no podemos pedirle que sea un tratado de teología a ninguna novela, sí exigimos verdad en un realista como el que nos ocupa. El genio novelístico extrae de la realidad el elemento de su invención. Lo ha hecho con acierto Galdós en sus historias. Pero sus escarceos psicológicos en el campo de lo meramente religioso, no en su exterior sino en su fondo, fallan por ignorancia del mismo. Así la oposición del Padre Mancebo a la entrada de Leré al convento, lo ridículo de ciertos pormenores de la famosa Orden que quiere fundar Guerra para tenerla a Leré consigo, y sobre todo la descripción estrafalaria de los sacerdotes que desfilan por sus páginas (y hay muchos), con excepción del Padre Tomás *en quien Dios moraba*.

Sube el anticlericalismo como el humo al que por más que se esconda se lo reconoce siempre. Esta es la única sombra de una obra que podría haber sido perfecta porque la trama es magnífica, la creación original y viva.

La realidad es su mayor mérito. De allí que la ascensión espiritual de Galdós no está donde la fantasía entra sino que sale como una columnilla del fondo de sus personajes y de la vida española trashumante de vigor, de lucha y de límpido ideal.

Petrona Domínguez